

Josefina Vicens

LOS AÑOS FALSOS

Poco tiempo después ya no tuve que usar frases ajenas para reseñar las juergas del Diputado. Con cierta ingenua solemnidad, como si se tratara de una ceremonia en la que yo recibiría el espaldarazo de hombre cabal, tus amigos me sometieron a un crudo interrogatorio antes de llevarme a la primera parranda. Al principio me negué a contestar sus preguntas, indignado por lo que consideraba un atraco a mi intimidad, pero pronto me di cuenta de que en su rudeza había una peculiar ternura y hasta cierta timidez que los hacía bordear torpemente el tema, como si tuvieran miedo de llegar a la pregunta principal.

En realidad no la formularon. El Chato Herrera la dio por contestada cuando me dijo:

—Apuesto a que nunca te has acostado con una mujer.

Era cierto. Pero lo negué rotunda, agresivamente, pensando que a ti te disgustaría que ellos lo supieran.

En ese terreno no tenía más experiencias que las solitarias, las imaginadas y las mágicas. Esta clasificación la hago ahora; entonces para mí todas eran pecado mortal.

De las mágicas recordaré siempre una, que me afectó gravemente durante mucho tiempo.

Estaba yo en sexto de primaria e iba con frecuencia a estudiar a casa de mi compañero Manuel Requena. Una tarde fui, como de costumbre, pero él había salido. La criada no supo decirme si regresaría pronto y me hizo pasar al cuarto de la señora para que ella me informara. Entré a una habitación indescriptible y sentí que entre esas cuatro paredes quedaría quedarme para siempre. Era absolutamente distinta a todas las que yo había visto. Lo que más me impresionó fueron dos grandes jaulas doradas en las que revoloteaban muchos pájaros mudos. Durante todo el tiempo que permanecí allí, ninguno cantó ni emitió el menor sonido. Únicamente se oía el batir de las pequeñas alas. Ahora me parece natural que no cantaran: la vida no tenía sitio en aquella organizada agonía. Las ventanas estaban cerradas y las gruesas cortinas, corridas. Una lámpara pequeña alumbraba tenuemente la estancia llena, colmada, abigarrada de todo lo imaginable. Lo peculiar, lo sobrecogedor, era que nada era viejo pero todo estaba como prematuramente, urgentemente envejecido. La habitación parecía un desván, uno de esos cuartos resignados donde se va almacenando lo que no se usa pero que se guarda porque ha participado en un instante feliz, o triste, o especial. Sin embargo, era evidente que allí se usaba todo, porque las cosas parecían estar, no en sus rincones permanentes, no en un conquistado lugar fijo, sino en el último que se les había asignado. A pesar de su diversidad y hasta de su incongruencia, no había duda de que esos muebles y objetos pertenecían a una sola persona, y que ésta se servía de to-

dos, cotidianamente, porque ninguno daba la sensación de haber sido olvidado. No obstante, aunque todo parecía funcionar, aunque en todo se percibía un temblor de mudanza, había una especie de trasfondo indolente, desmayado, narcotizado más bien. Cualquier movimiento normal habría resultado inadecuado en esa habitación donde el tiempo parecía detenido. De este estancamiento del tiempo provenía sin duda aquel olor dulzón, que se había ido elaborando a sí mismo y enriqueciendo con la mezcla de todo lo que allí agonizaba encerrado, sin salvación posible.

De pronto, de entre el montón de cobijas y cojines que llenaban la enorme cama colocada en un ángulo del cuarto, surgió una mujer. Vestía un camisón ligero que transparentaba las muy salientes clavículas. Era impresionantemente delgada, pálida, angulosa, y tenía unos grandes ojos hundidos y rodeados de sombras. Se apoyó en el respaldo y encendió un cigarro. El humo espeso que salía lentamente de su boca apenas entreabierta, se le adhería a la cara y parecía formar parte de ella.

Yo la contemplaba fascinado, sin poder decir una sola palabra, y ella veía sonriendo mi fascinación, también en silencio. Jamás he sentido el encantamiento con mayor conciencia de que lo era, de que me había hecho su presa, y de que todo lo demás había desaparecido. Lo único que yo deseaba, con una súbita y delirante urgencia, era meterme en aquella cama excesiva y decirle a aquella mujer que desde ese instante y para siempre, le pertenecía yo por entero.

Era absolutamente necesario que lo supiera, pero cuando iba a decirselo oí su voz grave, densa, que no parecía salir de ella sino del humo que la envolvía.

—¿Vienes a estudiar con Manuel?

¿Quién era Manuel? En ese momento no existía. Pero después, y a causa de esa habitación moribunda y de esa mujer aparecida, fue para mí una presencia desquiciante, deseada y esquivada.

Aquella vez que el maestro nos llevó de excursión y que pasamos la noche en el campo, yo me acosté al lado de Manuel, y cuando se quedó dormido le besé levemente la boca.

Las parrandas de los políticos eran muy distintas a lo que yo había imaginado. ¿Qué podría decir de esos hombres y esas mujeres que dejaban de serlo a causa de su voracidad de poder y de dinero?

Esta comparación resultará extraña, pero así la establecí la primera vez que me llevaron a la casa donde se celebraban las juergas:

Una mañana fui a Chapultepec, muy temprano, con unos compañeros. Ibamos a "hacer pulmones" para participar en las competencias deportivas estudiantiles, pero el espectácu-

lo era tan sorprendente que todos nos olvidamos de entrenar: una neblina espesa, que sin duda en la madrugada envolvía por completo el bosque, había ido descendiendo y haciéndose menos apretada. En ese momento se arrastraba ya por la tierra, como si fuera humo en movimiento, y ocultaba la hierba y la base de los árboles de tal forma que éstos daban la impresión de estar truncados y suspendidos en el aire milagrosamente. Nuestros pies desaparecían en esa especie de gran nube caída, que se agitaba y esparcía a nuestro paso. Recuerdo que yo caminaba cautelosamente para que no se ahuyentara y desapareciera ese humo reptante que se me adhería a los tobillos. No quería desgarrar, no quería lastimar a aquella materia ligera y untuosa, pero al mismo tiempo me sentía invadido por un temor extraño, porque sentía que la neblina, lejos de desaparecer, iría subiendo y espesándose hasta cubrirme por entero y ahogarme.

Lo mismo sentí en aquella casa: algo extraño, pero que no era una tenue nube caída, sino una especie de vaho caliente y ácido, salía de las paredes, de las cortinas, de los rincones, de las botellas, de las bocas y de las palabras. Yo sentía cómo iba llenando la habitación, como iba esparciéndose y untándose por todas partes y cómo iba subiendo paulatinamente por mi cuerpo y paralizándolo.

—¿No estás contento? me preguntó el Chato Herrera.

Moví la cabeza afirmando, porque me parecía que de este modo, sin hablar, la mentira era menor.

Entonces él me indicó, señalándolas descortésmente, como si fuesen animales, a las mujeres de que podía yo disponer y a las que no debía ni acercarme porque “eran propiedad de los gallones”.

Sólo que los gallones tampoco se les acercaban porque estaban tomando alcohol y discutiendo de política, es decir, de esa política turbia y anhelante que consistía en otear como bestias para percibir, a varios meses de distancia, quiénes serían “los elegidos”. Cualquier error significaría el ostracismo, la pérdida de las influencias y de las prebendas. Significaría convertirse durante seis años en ciudadanos comunes y corrientes, atenidos a sí mismos, víctimas de la arbitrariedad de las autoridades y de la indiferencia de los poderosos. Con esas preocupaciones, con esa punzante obsesión, con ese terror, ¿cómo iban a perder el tiempo en atender a aquellas atractivas y sinuosas mujeres que estaban allí sólo para dar ambiente y para disfrazar ante ellos mismos el verdadero objeto de la reunión? Si alguna se les acercaba le hacían automáticamente una caricia procaz y seguían hablando de lo único que les importaba:

—No hay que perder de vista al general Montes, anda muy cerca del candidato.

—No, hombre, le está dando su coba.

—Seguro... qué apuestan a que lo manda de embajador a una republiquita para quitárselo de encima.

—No se confíen. Yo lo tengo en mi lista, por si acaso.

—Pues bórralo y apunta a Rafael Ampudia. ¿Sabías que fue de invitado personal al mitin de Tlaxcala y que desayunaron solos?

—¿El chueco Ampudia? ¿El del escándalo aquel?

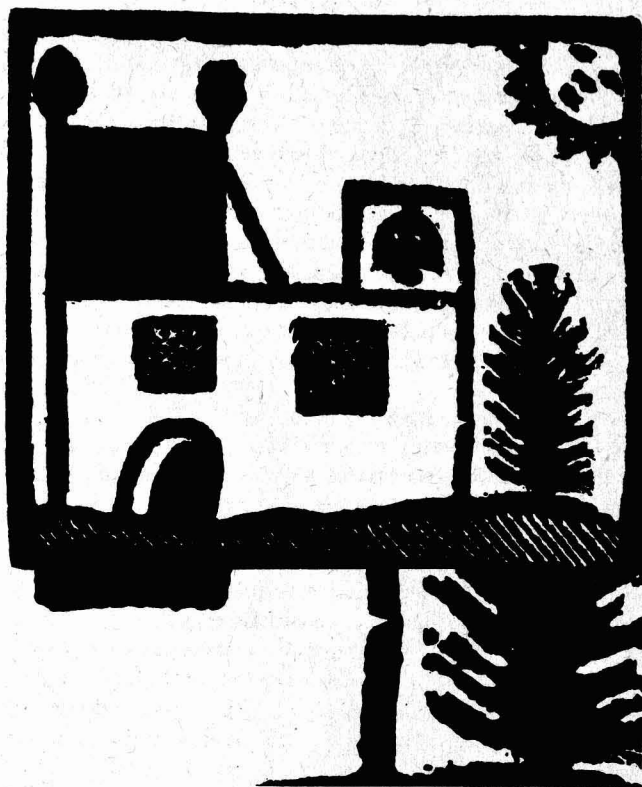
—Ese mero.

—¡Pero si es un imbécil! Yo lo conocí hace años, cuando era pistolero de Trinidad Sánchez, el que fue diputado por Sinaloa.

—Pues de imbécil no tiene un pelo. Ahora es Trinidad el que le anda lambisconeando.

—¿Y dices que desayunaron solos?

—Me consta, yo iba en la comitiva. Y cuando salió llevaba



una cara de “ya se me hizo” que nos dejó “de a seis”.

—Pues está bueno saberlo. Oye, ¿y a ése por qué le da?

—Por la cacería. Yo le mandé la semana pasada una escopeta alemana muy buena.

Era evidente que el Chueco Ampudia recibiría de inmediato otras muchas escopetas alemanas, y que desde ese momento quedaban olvidadas para siempre sus proezas de pistolero belicoso. ¡Había desayunado solo con el candidato! Eso borraba sus pasadas culpas y en lo futuro, “si se le hacía”, todos dirían de él: “don Rafael Ampudia, muy amigo mío por cierto, un hombre de humilde extracción que ha llegado a tan alto puesto gracias a su talento, a su esfuerzo y a su intachable conducta”.

Me era imposible seguir oyéndolos, seguir observando cómo se iban desintegrando por dentro, a cada frase.

—Señor diputado, ¿me puedo ir?

Todos estaban borrachos. Eran ya las tres de la mañana. Dos de las mujeres “disponibles” dormían en unos sillones. Las otras trataban inútilmente de interesar a aquellos hombres que, una hora después, bajo los efectos del alcohol, hablaban de sus hogares, de sus “viejas” y de sus “muchachos”, como designaban siempre a la esposa y a los hijos. Resultaba muy extraña esa zona de ternura, esa especie de isla familiar a la que ellos aludían precisamente en ese sitio; ese reducto que elogiaban, amaban y respetaban a su modo.

—Señor diputado, ¿me puedo ir?

—¿Ora que se va a poner bueno? —preguntó a su vez abrazando a la robusta mujer que tenía a su lado.

—Es que ya es muy tarde y mi mamá debe estar con pendiente.

—¿Qué había dicho? Una carcajada estrepitosa distorsionaba los rostros e iba extendiéndose y llenando la habitación, como si una chispa hubiera provocado un fuego violento. Yo estaba allí, inmóvil, mudo, atrapado en esa risa, igual que si estuviera envuelto en llamas. Y sentía claramente que cuando ellos terminaran de reír no quedaría de mí sino un pequeño montón de cenizas.

Pero fue al llegar a la casa cuando comprendí que eso era yo en todas partes: un montón de cenizas.

Porque no fui yo el que regresó en la madrugada, temeroso del justo regaño de mi madre. Ni era a mí a quien ella esperaba. Llegaste tú, y de ti, el jefe de la familia, ella nunca esperó explicaciones ni excusas. Yo pensaba dárselas y convencerla de que me había sido imposible regresar más temprano. Ella me diría —pensaba— que “era yo un hijo desconsiderado, que la tenía despierta hasta el amanecer con la angustia de que algo malo me hubiera sucedido”. Pero nada de eso ocurrió. Las palabras se me quedaron muertas, como si ya no pertenecieran a mis actos, ni a mi tiempo, ni a mi vida.

—Perdóname, mamá, no pude...

—Pero si no te estoy diciendo nada, tú puedes llegar a la hora que quieras. Acuéstate, voy a la cocina a traerte algo.

—No, mamá, no te levantes.

—No faltaba más, con lo cansado que debes estar... A tu papá siempre le daba yo un vaso de leche caliente cuando llegaba tarde.

Se levantó, fue a la cocina y me trajo a mi cuarto el vaso de leche. Mientras lo tomaba me dijo que “me había esperado a cenar hasta muy tarde, pero que como las niñas tenían que ir al colegio al día siguiente, ya no quiso que se desvelaran más”. Después, con el mismo gesto y en el mismo tono manso y tierno, me dijo exactamente lo que te decía a ti:

—Yo todavía te esperé mucho rato, hasta que materialmente se me cerraron los ojos.

Allí estaba, sentada al borde de mi cama, cubierta con su chalécito de estambre. Y de pronto sentí un violento rechazo por aquella mujer desconocida, por aquella esposa que parecía estar atendiendo a un marido trasnochador y autoritario, no a un hijo asustado que esperaba su reprimenda y que quería pedirle perdón.

—¡Déjame solo, por favor!

Salió de la habitación y cerró suavemente la puerta.

Comprendo que a veces sufra por mi indiferencia, por mi rudeza, por mi silencio. Sobre todo por mi silencio. Lo lamento. No puedo remediarlo. Fue ella la que me abandonó y la que convirtió a mis hermanas en esas dos señoritas cobardes y blandas que me respetan, me sirven y me mienten.

Esa noche, tan luego como salió de mi cuarto, me desnudé y me tendí en la cama, estirado como un muerto. Coloqué las manos en la misma posición que tú las tenías, y en un lento, lentísimo recorrido me puse a observar mi cuerpo pensando en las transformaciones que habría sufrido el tuyo. Me gustaba imaginar que me iba yo descarnando, como tú, y seguía el proceso eliminando poco a poco, como si quitara la cáscara a una fruta, la materia que cubría mis huesos. Casi veía mi esqueleto, íntegro, ordenado, tendido en los despojos de la caja. No hacía el menor movimiento: al principio, voluntariamente; después, porque estaba seguro de que era inútil intentarlo. Estaba paralizado, imposibilitado para todo lo que no fuera esa quietud total, cotidianamente ensayada. Cuando el dolor y el frío eran ya muy intensos, empezaba a mover imperceptiblemente, como si no tuviera derecho a hacerlo, los dedos de los pies y de las manos. Y era como resucitar un poco, a escondidas de mí mismo, para volver a esconderme, de inmediato, en el sueño.

Esa noche, como todas, creo que soñé contigo. Digo “creo” rabiosamente, porque al despertar el sueño se me rompía en jirones y aunqué hacía esfuerzos desesperados por

recordarlo y ordenarlo, sólo quedaban de él pequeños fragmentos, ráfagas nebulosas que, no obstante, eran como una pista que me llevaba a ti. Retenía, recordaba, entre una serie de acontecimientos y personajes que habían huido irremediabilmente de mi memoria, la cadena de tus llaves; o las manos de una de mis hermanas pegando un vaso que tú habías roto; o las espuelas de plata que te regalaron en Guadalupe y que te gustaban tanto; o a ti mismo, fugazmente, pero que en ese absurdo posible que es el sueño, eras otra persona.

Al día siguiente, temprano, vine a verte. Me quedé parado mucho tiempo, contemplando la tumba. Igual que ahora. Sólo que aquel día ellas no estaban afuera, como en este momento, sino adentro. Las tres adentro, enterradas, una sobre otra, de cualquier modo. Y yo solo en el mundo, inacabablemente solo: sin ellas, sin ti, sin mí.

Recuerdo que dije en susurro una frase tonta, más adecuada a un accidente de aviación o a un terremoto, que a lo que en realidad me acontecía:

—Se murió toda mi familia.

Y de inmediato sentí que si todos me habían dejado para estar juntos allá abajo, apretados, como gatos recién nacidos dentro de un cajón, yo no tenía por qué venir a verlos, ni por qué estar allí, contemplando la tumba y pensando en ti y en ellas.

Pero no era eso. No era eso. Tú no estabas allí. Estaba yo. Y estaban también mi madre y mis hermanas. Afuera habían quedado, contigo, conmigo tu mujer y tus hijas. Esas desconocidas, esas tramposas, esas dóciles que esperaban mis órdenes.

Retrocedí a mi frase: “se murió toda mi familia”. Ya no me pareció equivocada. Estrictamente eso había ocurrido. Yo no quería aceptarlo para no tener que señalar al culpable. Si crees que trato de encubrirte, te equivocas. Tú lo hiciste todo siempre, pero esto lo hice yo. Por culpa de ella, claro.

Quiero encontrarle atenuantes: su hijo, tan joven, y cargando ya con el peso de toda la casa. Y entonces:

“Niñas, no molesten a su hermano que viene cansado...”

“Te esperé hasta que materialmente se me cerraron los ojos...”

“Tú puedes venir a la hora que quieras...”

“Como tú lo ordenes...”

“Como tú dispongas...”

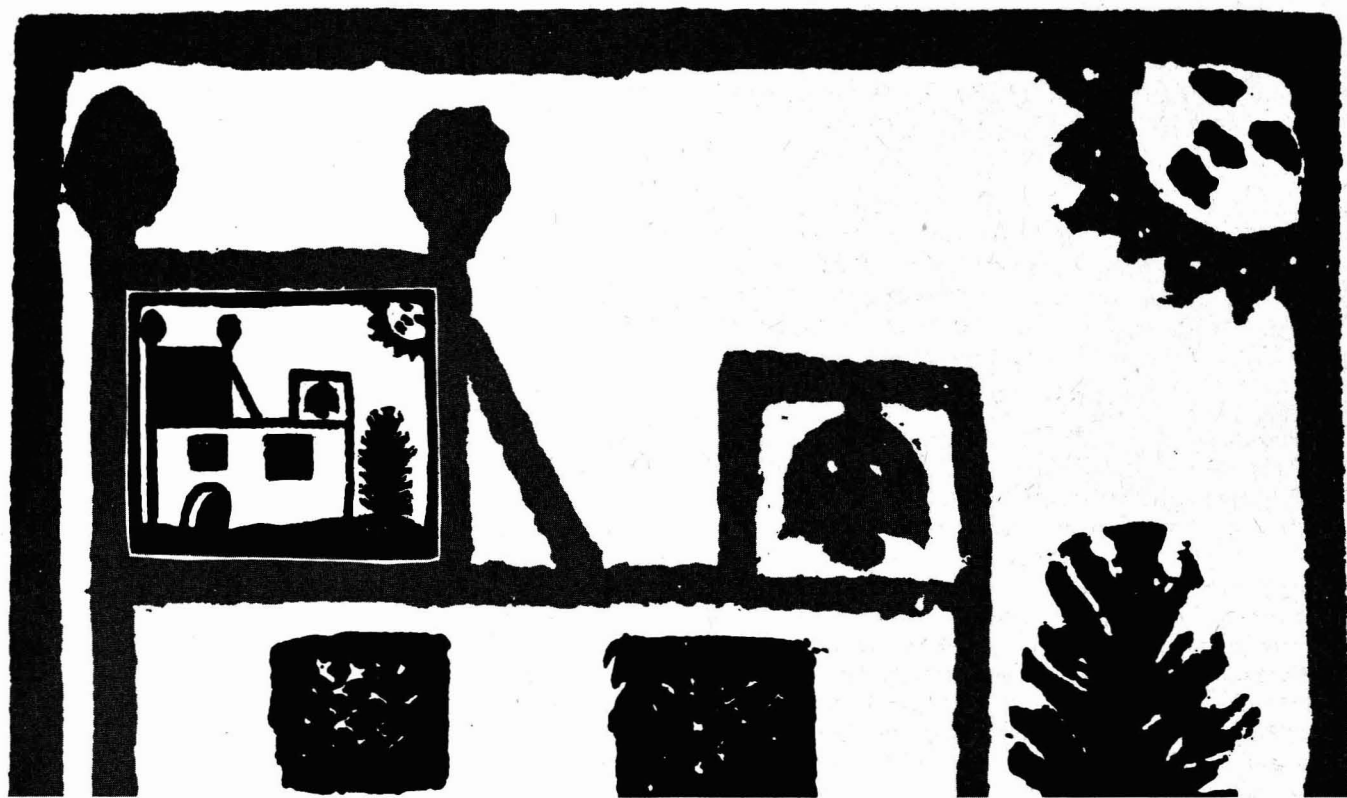
“¿Permites que las niñas vayan a la fiesta de Carmen...?”

“Pensaba sacar unas telas en abonos... ¿tú qué dices?”

Yo sólo le decía que resolviera ella, que no tenía por qué consultarme. Pero jamás le grité, desesperado, que yo era su hijo, que tú te habías muerto, y que dejara de fastidiarme con sus consultas, sus atenciones y su obediencia.

Pobre. Sí, pobrecita. Como mi comportamiento se parecía al tuyo; como ella veía que yo reaccionaba igual a ti (“tú sabrás; yo no entiendo de eso, resuélvelo como quieras”) tal vez se confundía y no podía diferenciarnos. Había en la casa otro hombre; la familia tenía otro jefe, pero nadie notaba, por imperceptible, esa hendidura que señalaba el cambio. ¿Cómo iba a notarlo ella si yo mismo la soslayaba, la ocultaba, la recubría y pulía los bordes para facilitar el paso de ti a mí?

Sin embargo yo sentía que estaba en todo mi derecho de prolongarte, de prorrogarte, de imitarte, hasta de calcarte si me daba la gana. Eso era asunto mío. Pero me parecía que



ella no tenía derecho a mezclarnos porque al hacerlo yo era el que desaparecía y, no obstante, tú seguías siendo el ausente: el recordado, el insustituible. ¿Comprendes? No era posible tolerar que me tratara como si yo fuera tú, y que te llorara como si tú no fueras yo. Si allí seguías, en mí, era que estabas presente. Entonces, ¿qué ausencia lamentaba? Lógicamente la mía, la de su hijo que se había perdido dentro de ti. ¿No es eso? Pero si yo no había podido sustituirte, si yo no era tú, si yo seguía siendo yo, ¿por qué me trataba como a ti? De todos modos yo no existía. Y ella, ellas, mi madre y mis hermanas, también habían dejado de existir. La cabeza me daba vueltas. No sabía si estaba yo ausente o si estaba muerto. No sabía si eso era la soledad o la nada. Como tenía que encontrar un sitio para mí, escogí tu caja, tu pedazo de tierra, tus gusanos, tus lagartijas y tu bugambilia. Como alguno de los dos tenía que proteger a tus mujeres, te representé en silencio. Como tenía que elegir entre la soledad y la nada, decidí ser mi propio compañero porque a nadie que no fuera yo mismo, o tú, podía permitirle que me acompañara. Quedé así como dividido en tres: el heredero de ti, el huérfano de ti, y el encargado de acompañarme y consolarme. El primero vivía tu vida resignado, con tu peso a cuestas; el segundo sufría tu muerte y su propia muerte, y el tercero, recién nacido, torpe, no sabía si hacerte reproches, para darme alivio, o sufrir conmigo tu ausencia. Era un ser dependiente, sin la menor iniciativa, cándido, cálido y fiel. Yo lo abandonaba o rescataba, algunas veces a mi antojo, las más, al tuyo. Sin duda tú estabas satisfecho de que se me hubiera ocurrido encontrar compañía, intimidad y consuelo en mí mismo, en una parte de mí, y no en alguno de tus amigos —que se desvivían por dárme los—, o en una mujer, o en el trabajo, o en las copas. Sí, tú estabas contento, pero a causa de ti, de tus constantes intervenciones, yo no podía lograr que él cobrara la fuerza suficiente para acompañarme realmente. Eras más fuerte que él y que yo. La más leve alusión a ti, aunque la hiciera yo para asegurarte que pronto lograríamos olvidarte, lo

ahuyentaba. Y eras tú, lo percibía yo de inmediato, quien se plantaba, imperioso y cómodo, en el sitio que momentos antes él ocupaba levemente.

A veces, escapado de ti, y por ello sintiéndome solo, le pedía que permaneciera junto a mí más tiempo para que juntos fuéramos olvidándote, borrando tus fechas, destruyendo tus objetos. Pero tú, al acecho siempre, aparecías de pronto y me invadías tumultuosamente, arrasándolo todo. El huía asustado. Cuando al fin te alejabas, yo contemplaba mis despojos y tus señales, tus grandes huellas, imperativas, renovadas.

En voz muy baja lo llamaba y él iba saliendo de mí, temeroso. Se instalaba a mi lado para acompañarme... ¿acompañarme a qué? A padecer los amaneceres vacíos después de un sueño lleno de ti; a sufrir la nostalgia iracunda; a soportar tu ausencia y tu presencia tenaces, pegajosas, casi impúdicas, porque se posaban de continuo, como una mirada, en todos mis pensamientos, hasta en aquellos que premeditaban tu muerte total.

Esa muerte acontecida para quienes podían dar cada día el paso que los iba alejando de ti. No para mí, en quien todo propósito de olvido remarcaba el recuerdo. No para mí.

Sin embargo dialogaba con él, con ese aliado inútil, esparanzadamente:

—Ya no lo recuerdo ni lo necesito. Ahora no es más que un montón de huesos y gusanos. Residuos, basura. ¿Te interesa a ti la basura?

—No, no me interesa.

—A mí tampoco, aunque esa basura sea él, aunque esos residuos sean de él. ¿Te interesa a ti que sean de él?

—No, no me interesa.

—No vamos a permitir que vuelva.

—No, no vamos a permitir que vuelva.

—¿No puedes decir algo tuyo? ¿Vas a pasarte la vida repitiendo lo que yo digo?

Y para no repetirlo, guardaba silencio.